

CAMOTES

EL HOMBRE TIENE, salvo casos anormales, un inmenso amor por todo lo que crece o está creciendo. Tal vez este amor le venga de su condición de padre. De los niños el amor pasa, generosamente, a las plantas y a los animales. Tal vez, también, este amor no sea sino un acto de adoración espiritual ante el misterioso surgir de la vida. El hombre, creador por excelencia, fuente de vida al mismo, ha sido hasta ahora incapaz de crear por sí mismo y conscientemente nada biológico. El es, físicamente, como los seres de los otros reinos de la naturaleza, nada más que un medio que la vida utiliza para manifestarse.

De mí sé decir que nada me deja con la boca más abierta que el espectáculo de algo que surge a la vida, sea ese algo un niño, un gato o una planta. ¿Cómo ha nacido, cómo ha crecido, cómo se desarrolla y por qué? Estas preguntas no hacen más que ensanchar ese amor por ese algo. ¿Qué importa el cómo y el por qué?

Es lo que me preguntaba hace tres o cuatro días atrás. Compré en el Mercado Central, hace algún tiempo, unos almácigos. El puestero que me los vendió me dijo:

—Le recomiendo estos coliflores y estas lechugas. No hay nada mejor. Respecto al apio, se le dará macanudo. Las cebollas son también muy buenas.

—¿Y ese almácigo? — le pregunté, viendo sobre el mesón unas preciosas plantitas.

—Son camotes — me dijo. — Pero no se los recomiendo. Están malos. Le voy a regalar unos pocos. Puede que le salgan algunas matitas. Pero es difícil.

Planté todo en un minúsculo pedazo de terreno que he reservado en la casa para hortalizas y esperé. Las lechugas se perdieron, los coliflores resultaron coles, el apio está aun haciendo pininos para crecer, las cebollas nos las comimos apenas tuvieron cierto volumen comible y los camotes... Bueno, de los camotes no pude decir nada hasta hace tres o cuatro días. Se perdieron casi todos. Sólo quedaron tres matitas, tres matitas que empezaron a echar brotes y ramas para todos lados, ocupando casi la mitad del huerto.

—Y esas matitas, ¿de qué son? — me preguntaron los niños.

—Son camotes — les respondí, displicentemente, sin ninguna confianza de que lo fueran.

—¿Y dónde están los camotes? — me preguntó la cohe-
ra.

—Deben estar debajo, si es que están. Crecen como las papas y allí estuvieron días y días. Los regaba, les acollaba la tierra, pero sin ninguna esperanza. Lo peor del caso es que no sabía cómo se cosechaban ni cuando había que hacerlo.

—¿Cuándo se cosechan los camotes? — le pregunté a mi obrino, algo entendido en lances agrícolas.

—Cuando la hoja se ponga amarilla — me contestó.

—¿Cuándo se pondrán amarillas las hojas? — me preguntaba a mí mismo, al ver que pasaban las semanas y las semanas.

La primera lluvia del otoño me dió la respuesta: las hojas empezaron a ponerse amarillas. Pero no me hice mayores ilusiones. Sin duda, pensé, se están secando. Y el lunes de esta semana, viendo que seguía lloviendo y habiendo oído decir que las cosechas de papas se estaban perdiendo por causa de la lluvia, dije a mi hijo:

—¿Qué te parece que cosechemos los camotes?

—Pero, ¿habrá camotes, papá? No se ve nada.

—Los camotes no se ven hasta que uno los saza. Tráeme una herramienta.

Y allí, junto al falo de la matita primera, hundí la pala

CH UC
de Literatura Chilena

Rojas ©

de jardín. Nada. La tierra estaba demasiado húmeda, casi barrosa, y la herramienta se hundió hasta el mango.

—Creo que lo único que hay aquí son lombrices — exclamé.

—La segunda palada, más profunda, me tapó la boca.

—¿Aquí hay algo? — grite.

—¿Camotes, papá?

—No sé si son camotes o pedazos de ladrillos, pero aquí hay algo.

Había, en efecto. ¡Y qué camote! Enorme, reluciente, tierno, con un color que me hizo recordar el color de las barras de cobre que sazan de los hornos de Chuqui o de Potrerillos.

—Papá, ¿qué camote!

—Si, hijo mío, ¿qué camote!

Y había muchos más en las otras matitas. Llenamos con ellos un canasto, claro es que un canasto chico, y los llevamos triunfalmente a la cocina; parecíamos de aquellos judíos que fueron a Canaan. La cosecha ha sido buena, pensé, y ojalá todos la tengan iguales aunque no sea más que por el placer de ver cómo la vida surge en todas partes, hasta en aquellas partes en que los comerciantes creen que no surgirá.

STANLEY ROJAS.

1942